



JUAN MONTOYA CATRILAF: UN SAMURÁI CHILENO

Mario A. Momberg Díaz*

Es la historia de un chileno nacido en el Maule en 1830, que se embarcó rumbo a California durante la "Fiebre del Oro", al no encontrar el dorado metal se enroló en un barco ballenero y llegó a Japón, donde se convirtió en Samurái. En 1888 regresó a Chile a bordo de la corbeta "Abtao".

Se enojó don Nishi! gritaban los niños corriendo ladera abajo, mientras un iracundo y extraño personaje, cubierto apenas por una vieja y raída yukata¹, los perseguía amenazante con su espada de samurái en alto. Porque el mentado don Nishi, chileno, nacido a orillas del río Maule hacia 1830 y bautizado cristianamente como Juan Montoya Catrilaf era, aunque nadie pudiera creerlo, un auténtico guerrero japonés.

Cómo fue que este chileno mestizo llegó a convertirse en samurái a fines del shogunato de los Tokugawa², en un período de especial turbulencia en la historia japonesa, es algo difícil de creer —como lo son todas las historias verdaderas—, pero lo cierto es que un día, al igual que muchos otros hombres antes que él, juntó fuerzas y esperanzas y partió también tras el mito más recurrente de la humanidad: el viejo sueño de encontrar "El Dorado".

Pero la vida —esa gran destructora de sueños— le torció la mano y lo fue llevando por rutas de apremio y esperanza hacia otros destinos, en un largo viaje que creyó sin regreso. Enfrentó desafíos y peligros, luchando a veces contra una naturaleza ciega y hostil —que destruye en forma inmisericorde, pero nunca con odio— y también, las más, contra hombres que,

sedientos de ambición y de poder, destruyen por placer o por conveniencia.

Un día se cansó de luchar y, resignado, se entregó a su suerte. Entonces, ya sin ambiciones y en una tierra dura y extraña, encontró la paz, el amor y una nueva vida; pero el destino —ese dios caprichoso al que le gusta jugar con las esperanzas de los hombres— de un solo golpe le arrebató todo dejándole a cambio, sólo una bruñida espada de acero, que se constituyó en su posesión más preciada. Pero, bueno..., esta es su historia.

A mediados del siglo XIX, Juan Montoya, como muchos otros, se encandiló también con las noticias que venían del norte. Aseguraban que miles de chilenos llegaban a Valparaíso para embarcarse hacia California donde el oro estaba a flor de suelo y solo había que recogerlo. La oportunidad era única para un hombre con coraje que necesitaba cambiar su suerte. Juan se había casado joven y pronto llegaron los hijos, pero la poca tierra heredada de sus padres a duras penas alcanzaba para alimentarse. Acordó con su mujer que ella quedaría a cargo de la heredad y el cuidado de la familia y él partiría en busca de fortuna. Esperaba regresar al cabo de dos años, máximo tres.

Vendió lo que pudo, pidió algo de dinero prestado y partió a la aventura. Después de

* Capitán de Navío (R).

1. Especie de bata de género liviano usada en Japón para descansar en la casa o para dormir.
2. Clan que gobernó Japón entre 1603 y 1868 con el título de Shogun (quince en total).

dos meses de hambre e incomodidades en un viejo bergantín, llegó a las playas de la soleada California. Junto con otros chilenos establecieron campamento y se dieron a la tarea de explotar la aurífera tierra.

Poco fue lo que encontraron. Es cierto que había oro, pero ese oro fácil del que todos hablaban se acabó rápido y solo lo aprovecharon los que llegaron primero. Después era necesario contar con medios y organización para explotar lo poco que quedaba. De todos modos, al cabo de seis años se había acabado todo y solo quedaba la leyenda. Ganaron mucho los comerciantes, los tahúres y las prostitutas, pero la mayor parte de los ilusionados mineros se fueron tan pobres como llegaron. Muchos incluso, dejaron sus huesos en esa tierra de ilusión. La vida era peligrosa en ese mundo sin Dios ni ley. Juan Montoya no quiso volver derrotado y se quedó a probar fortuna en otros intentos. La agricultura estaba floreciendo en California y para labores campesinas se encontraba mejor capacitado. No le costó mucho encontrar trabajo, pero la paga era de hambre y el golpe de suerte no llegaba. Calculó que con lo que ganaba iba a necesitar treinta años para poder ahorrar y regresar con algo de dinero a Chile.

Entonces supo que los balleneros estaban reclutando gente y pagaban bien. Le envió un par de cartas a su mujer con amigos que regresaban a Chile y él se embarcó para las islas Hawaii, la base ballenera más importante del Pacífico Nororiental. Su contacto con el mar había sido solo en la barra del río Maule, pero se adaptó rápidamente y resultó ser un buen marino. Trabajo difícil y peligroso, de fuerza bruta; trabajo de hombre, pero de hombre arregonado³, dispuesto a arriesgar la vida a cada instante. Las ballenas había que perseguirlas por extensas áreas oceánicas y era normal estar varios meses en alta mar. En las épocas de captura, cuando éstas llegaban en gran cantidad para aparearse, llegaban también los balleneros y la competencia era

difícil. Rusos, estadounidenses, españoles e incluso chilenos concurrían a esos mares del Pacífico a la caza del codiciado animal, como las aves ante un cardumen. Por suerte la paga era buena, el capitán un maldito, pero hombre honesto y buen marino. En un par de años esperaba ahorrar lo suficiente para regresar, comprar buenas tierras y dar una mejor vida a su familia. A veces pensaba en su Carmela, trabajadora incansable, buena para ponerle el ñeque a todo; aunque siempre malhumorada, rezongando contra la vida y gritando a unos sucios y revoltosos chiquillos. Pero la vida a bordo no dejaba mucho tiempo para la ensoñación y el recuerdo.

Ese día, el de su desgracia, como nunca se habían juntado tantos cetáceos y los botes tenían que acercarse con mucho cuidado. Un certero arponazo se clavó profundo en el lomo de un inmenso cachalote que, sorprendido y enfurecido por el dolor, cargó contra el bote haciendo saltar a la embarcación y sus marinos por el aire. Juan fue uno de los más perjudicados, ya que quedó enredado en un trozo de cable y el coletazo casi lo mata al aplastarlo contra una bancada del bote. Por suerte no perdió la conciencia y se mantuvo a flote en espera de ayuda.

El mar hace hombres duros, pero también solidarios. Rápidamente se acercó otra embarcación que rescató a los naufragos devolviéndolos a su nave. Una vez a bordo, fue examinado y le diagnosticaron tres costillas rotas y probables hemorragias internas, más contusiones varias. Hasta ahí llegaban los conocimientos médicos de los balleneros.

Estuvo varias semanas casi inconsciente en una improvisada enfermería, pero la falta de comodidades y de asepsia, más los bruscos movimientos de la nave retardaban su mejoría. Peor aún, sentía que cada día se debilitaba más.

El puerto base se encontraba a más de tres mil millas de distancia y no era aconsejable dejar el área de caza en esa época. Se hizo un consejo

3. Valiente, audaz, que se la juega. Expresión popular chilena no validada por la Academia.

a bordo y se determinó que lo más práctico era dejarlo en tierra, en alguna caleta habitada y esperar que los lugareños se ocuparan de él. Ya otras veces se había hecho así.

Bueno, chileno, le dijo el capitán: hasta aquí no más llegamos. Esa fue la mayor deferencia con que lo trató en su año y medio a bordo. Miraron los mapas y cartas de navegación y descubrieron que las costas de Japón eran las tierras habitadas más cercanas. Durante tres días navegaron hacia el oeste y en una fría mañana desembarcaron en un bote a Juan Montoya, convenientemente vendado y fajado y lo dejaron en la playa, donde el humo de cabañas cercanas indicaba cierta actividad humana. La ropa que llevaba puesta, algunas onzas de oro y su puñal, eran todas sus pertenencias. Como pudo se las arregló para llegar a la primera cabaña y,

simplemente, entró. Había un grupo de personas comiendo frente a un fogón; aparentemente era su desayuno.

Un terremoto, un maremoto o la aparición brusca de un *oni* o *kami*⁴ —de la extensa mitología japonesa— no hubieran causado mayor impresión en la familia que desayunaba. Gritos de niños y mujeres y exclamaciones de los hombres. Por fin el más anciano se acercó a Juan —quien se había mantenido inmóvil y silencioso durante toda la algarabía— y dudando entre tomar un palo o hacer una reverencia se dirigió a él, aparentemente en son de pregunta. Juan, entonces, que ya tenía pensado como iba a hacer su presentación, indicó con señas que

venía del mar; luego, sin mucha gracia, imitó a una ballena y la caza de ésta, lo que le ganó la simpatía de los niños y las mujeres. Luego describió —exigiendo al máximo su capacidad histriónica— la destrucción de la embarcación y el coletazo de la ballena. Aquí ya se había ganado la atención general. Finalmente mostró sus heridas y explicó cómo el capitán lo había desembarcado. Ni el más consumado actor lo habría hecho mejor. No solo hizo reír, sino que

también logró emocionar. Pero su situación no estaba resuelta. Los hombres discutían acaloradamente y se miraban entre sí como diciendo: bueno, y a nosotros ¿qué nos importa? O, mejor dicho: y nosotros ¿qué podemos hacer? Uno de los japoneses salió de la cabaña y volvió al poco rato con otros hombres muy excitados que no pararon de hablar. Ese día no trabajaron. La discusión duró todo el día.

El extranjero había sido invitado a comer, pero siempre con dos japoneses que lo vigilaban de cerca por si fuere peligroso. Lo que en el fondo se discutía —eso lo supo después— era si se sentían autorizados para albergar a un extranjero del que nada conocían. Las leyes del *Shogun*⁵ eran muy estrictas al respecto y su incumplimiento podría poner en peligro a toda la aldea. Lo que no supo Juan es que las mujeres también se habían reunido y fueron ellas las que inclinaron la balanza a su favor. Razones de las mujeres: era un hombre fuerte y, una vez sano, podría ayudar mucho en las labores del campo. Faltaban hombres en la aldea. Además, no era como los otros demonios



4. Demonios y dioses japoneses.

5. Jefe militar y gobernante de hecho del Japón en esos años.

extranjeros que pocas habían visto, pero de los que a veces hablaban los más viejos. Esos que eran grandes, de enormes narices, ojos como de gato y pelo amarillo. Éste, en cambio, podría pasar por japonés. Era cuestión que no hablara. Efectivamente, Juan Montoya Catrilaf le hacía honor a su ancestro materno, de recia estirpe mapuche. No era alto, pero sí muy recio de contextura, tronco largo y piernas relativamente cortas, pelo negro liso y rebelde; hasta sus ojos eran algo rasgados. Se impusieron las mujeres y Juan se quedó.

Los cuidados femeninos, las hierbas medicinales y, sobre todo, contundentes sopas de pescado, hicieron el milagro y Juan se recuperó.

A los pocos meses ya hablaba un poco de japonés; le recordaba el idioma de su madre, que siempre entendió pero nunca quiso hablarlo. Además, el lenguaje de los campesinos era simple y básico, el necesario para una vida sin mucho refinamiento. Al principio lo escondían cuando venían los inspectores del *daimyo*⁶ local, pero en realidad nadie se dio cuenta que había un supernumerario en la aldea; o sea, que había aumentado la población sin ningún nacimiento. Lo único que interesaba era que se cumpliera con la cuota de arroz que correspondía. Fuera de eso, la aldea no era importante. Al cabo del año ya era un japonés más y le buscaron mujer. En una ceremonia en la que no entendió nada se casó con Haruko Nishimura. Bueno, en la aldea casi todos eran Nishimura, así que adoptó el mismo apellido. Desde entonces pasó a ser Nishimura-san⁷, un miembro más de la aldea con apellido pero sin nombre. Para todos era solo el *gaijin*⁸, aunque nadie lo llamaba de esa forma —por lo menos delante de él— ya que tal expresión era poco deferente para la delicada cortesía oriental. Y habría quedado sin nombre si no hubiese sido por un pequeño detalle; bueno..., quizás no tan pequeño.

Pese a que se resistió por mucho tiempo, Juan, finalmente, tuvo que ceder a la costumbre japonesa del baño social. Hombres y mujeres todos juntos. No es que Juan Montoya fuera de una raza especial, ni mucho menos, pero en todas partes su masculinidad llamaba la atención. Esto trajo como consecuencia que las mujeres lo apodaran *Nagasa-san*⁹ y generalmente en el baño, entre risitas maliciosas y bromas a su esposa, Juan era la diversión de la comunidad. Haruko, imperturbable como siempre y sin hacer caso de torcidas insinuaciones, se dedicaba solo a refregar la espalda de su marido. Algunas, con mayor dosis de ironía o sentido del humor, cuando se encontraban con él se inclinaban exageradamente saludándolo como *Nagasama*¹⁰. Juan Montoya nunca entendió lo de su nombre y por qué las mujeres lo trataban así. Como nadie se lo explicó —habría sido muy complicado—, pensó que solo era la forma en que las mujeres demostraban su especial deferencia frente al hombre, como era tradición en el Japón de aquella época. Y así, como cualquier japonés, ahora con nombre y apellido, continuó su vida en la aldea. Nunca habló de la Carmela. Nunca nadie le preguntó nada de su vida anterior y él tampoco quiso hablar de su pasado. Después del accidente del cachalote, cuando creyó que iba a morir, pero sobrevivió de milagro, sintió que había nacido a una nueva vida. Honestamente pensó que terminaría sus días en Japón, ya que cuando pensaba en la posibilidad del regreso no imaginaba cómo podría salir algún día. Trató de olvidar su pasado y, aunque la vida era dura y sin incentivos en esa época pre-Meiji¹¹, estaba conforme. No echaba de menos a su mujer; la que tenía ahora, aunque sin exuberancias y muy delgada para su gusto, tenía muchas ventajas. Tan trabajadora como Carmela, pero no gritaba, ni discutía ni se enfurruñaba. Si algo no le parecía bien, simplemente se aislaba en

6. Señor feudal que gobernaba un territorio determinado.

7. Tratamiento de respeto que puede significar: señor, señorita, etc.

8. Hombre de afuera o extranjero.

9. En este caso: señor Largo, señor Longitud, etc.

10. Igual que *san*, pero más deferente, en este caso: "Honorable señor Largo".

11. Al finalizar el shogunato de los Tokugawa se restaura en Japón el poder al emperador (1868). Es el comienzo de la era Meiji.

sus tareas domésticas, pero pronto a acudir si su marido la llamaba. No guardaba rencores.

Juan experimentaba una extraña sensación cuando la miraba. En esa extrañeza había un gran porcentaje de admiración y una sensación de culpa, de inmerecimiento. Siempre diligente, ocupada, laboriosa: el arroz, la cosecha, la casa, la limpieza, el fuego, la leña, la comida, el *o-furo*¹². Jamás una queja, tampoco una risa. En realidad, Juan solo la había visto reír con sus amigas (o vecinas) en los cotorreos sociales que a veces se suscitaban. Entonces se tapaba la boca con esa risita entre compungida y avergonzada, típica de las japonesas. Risa franca, jamás; salvo una vez, cuando Juan trató de ayudarla en sus menesteres. Fue tal su torpeza y lentitud que Haruko no pudo menos que soltar una carcajada y le rogó que la dejara sola.

La rapidez y destreza con que realizaba sus tareas eran increíbles. Resolvía los más complejos problemas domésticos con habilidad y economía. Cuando no podía con algo, cortaba por lo sano. Se olvidaba del problema. Solo utilizaba a Juan para el acarreo del agua, que era una tarea pesada que no requería mayor habilidad. Su forma de trabajar era también lo más extraño que Juan había visto. Era de ritmo constante, sin apuros ni apremios, tampoco sin demoras; la misma velocidad de principio a fin y, sin importar las interrupciones que sufriera, siempre terminaba su tarea justo cuando correspondía. Nunca la sorprendió en un atraso. No descansaba hasta la noche, cuando llegaba al futón¹³ después del *o-furo*; siempre limpia, pulcra y con un suave olor a jardín; a alguna flor que Juan nunca pudo identificar. Tenía sus secretos.

Tampoco se olvidaba de su marido; su atención hacia él siempre era oportuna e inmediata, pero jamás pedía nada para sí. Juan se sentía desorientado frente a ella, no sabía como reaccionar a veces. No tener una

queja, nada que reprocharle a su esposa, era algo que estaba muy lejos de su experiencia, más aún, de su comprensión.

Como amante era tímida, pero complaciente; mas con un tenue dejo de obligación. Como en su trabajo, también en el amor era pausada, constante, laboriosa si era necesario, pero siempre igual. Era un pequeño y cálido robot humanizado. Así era la vida de Juan en Japón.

Y así habría seguido si por segunda vez no hubiese soplado el viento de la desgracia. Esta vez no fue un cetáceo, sino un maldito samurái. Era tiempo de cosecha y los inspectores habían llegado a recolectar los *kukos*¹⁴ de arroz que le correspondía entregar a la aldea. Presidía esta comisión recolectora un samurái de bajo rango, flaco, huesudo y desdentado que normalmente descargaba su furia y frustraciones en los campesinos del sector. Juan Montoya no supo si la medida que entregaba no era la exacta o si la reverencia que había hecho no fue suficientemente respetuosa; solo sintió el golpe de una vara de bambú que le cruzó el rostro. Fue un golpe malo, alevoso, que lo tomó por sorpresa. Un dolor intenso y una rabia inmensa, inaudita, como nunca antes había sentido. Había recibido golpes peores, pero peleando como hombre, frente a frente. Nunca había sido castigado, ni siquiera por su padre, de esa manera. No tuvo clara conciencia de lo que hacía. Un cielo rojo primero y negro después le tapó la visión, mientras su puñal corvo salió invisible de entre sus ropas y se clavó en el vientre del hombre que, sorprendido también, se desplomó sin exhalar un quejido. Nunca imaginó que un campesino japonés pudiera reaccionar de esa forma frente a un samurái.

Juan Montoya jamás se desprendía de su corvo; era experto en su manejo. Su padre —que había peleado en la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana— le había enseñado su correcto y mortífero uso. Sabía como usarlo para la defensa y el ataque, como

12. Baño de tina japonés.

13. Colchón japonés.

14. Medida de arroz que servía para determinar la renta o riqueza de los señores feudales. Equivalía aproximadamente a 180 kilos.

vaciar de vísceras un cuerpo a una velocidad de corte que era mayor que cualquier otra arma. Siempre le había sido un compañero útil en su azarosa vida, sacándolo de apuros en incontables oportunidades.

Pero ahora la situación era extremadamente grave. Sabía de las consecuencias de su acto. Matar a un samurái era una condena a muerte sin apelación y sería una mala muerte. Seguramente usarían su cuerpo para probar el filo de la espada de algún samurái o para templar con su sangre las que estuvieran recién hechas. Por suerte no hubo testigos, por lo que disponía de cierto tiempo para decidir qué hacer. No era un hombre que perdiera la cabeza ante el peligro; al contrario, en esos momentos más se aclaraba su mente. Muy consciente de la situación, decidió enfrentarla racional, fría



y dolorosamente. Limpió su arma, le quitó la katana al samurái y, como todos se encontraban en la cosecha, se dirigió a su cabaña sin que nadie lo viera. Sacó sus cosas, algo de víveres secos y el poco oro que le quedaba. Mentalmente se despidió de Haruko y, sin mirar hacia atrás, se perdió en la boscosa montaña con su nueva compañera: la katana del samurái. Lamentaba los problemas que iba a enfrentar la aldea por el asesinato, pero nada podía hacer. Era su única opción. Ya antes había estado en la montaña. Conocía la flora y la fauna; sabía de plantas, raíces y bayas comestibles de lecciones bien aprendidas de los aldeanos japoneses. También sabía cómo encontrar huevos y cazar conejos con tretas aprendidas en su niñez, en bosques muy lejanos. Con eso, más agua en abundancia en riachuelos y cascadas, podría sobrevivir. Sólo tendría que cuidarse de un encuentro fortuito con algún oso malhumorado o alguna otra alimaña, pero confiaba en su

nueva arma: fuerte, sólida, tremendamente afilada, poderosa. No era un esgrimista, pero sí un guerrero natural; el instinto le diría como usarla en la mejor forma.

Nunca supo cuanto tiempo pasó en la montaña: meses, años quizás; siempre lejos de poblados y caminos, pero no aguantó la soledad y un día decidió regresar, a enfrentar su destino, fuera lo que fuera. Desgraciadamente se extravió en el oscuro e intrincado bosque y, sin saber cómo, salió a un camino rural, apenas un sendero y no pudo evitar encontrarse con

un grupo de hombres, tan sucios y harapientos como él. No eran muchos, sólo seis, pero todos armados. Supo de inmediato que eran samurái. Ya nada podía hacer para evitarlos y decidió enfrentarlos. Todavía confiaba más en el corvo que en la katana, por lo que la espada la dejó a la vista

y el corvo bien escondido. Para su sorpresa el grupo se detuvo y lo saludó con mucha deferencia. La posesión de la espada dejaba a las claras que, aunque sucio y mal vestido, era también un samurái. Eran tiempos de guerra. Habló poco y escuchó mucho, pero siempre mantuvo una actitud entre displicente y arrogante, que había observado en otros samuráis y que le pareció la más adecuada para la ocasión.

Supo que eran *ronin*, o sea, samuráis independientes, sin amo y sin trabajo permanente. Vivían de lo que le daban los campesinos, más por temor que por caridad. A veces, incluso, llegaban al pillaje.

A Juan Montoya jamás le había interesado la política, pero supo que eran difíciles tiempos para Japón. Extranjeros habían desembarcado en la sagrada tierra japonesa, había un nuevo emperador, muy joven. Los daimyos peleaban entre ellos, se había prohibido el uso de la

espada y los samurái ya no tenían privilegios. Todos signos de catástrofe, según ellos, para la Tierra del Sol Naciente.

Ahora se dirigían a *Edo*¹⁵ para apoyar a los daimyos que querían volver las cosas a su estado anterior y expulsar a los extranjeros. Juan Montoya, sin reparar en lo irónico de su situación, hizo suya la causa y partió con sus nuevos compañeros.

Junto a ellos formó parte de diversas facciones y combatió en distintas batallas. A veces ganaron y a veces perdieron y, a veces también, cambiaron de bando. Mirando a sus compañeros en combate aprendió a usar la espada y pronto le sacó mucho partido. Cuando la empuñaba sentía su fuerza y su poder, tenía una hermosa y bruñida hoja de acero que al desenvainarla quedaba bañada por una suave luz celeste. Era un arma noble, que seguramente no la merecía el indigno dueño anterior. Juan Montoya se había enamorado de su espada y ésta, a su vez —como ciertos animales que no se entregan fácilmente—, parecía haber encontrado a su verdadero amo. Se sentía cómodo con ella; ya la manejaba con extrema facilidad y la sentía como parte de su ser. La comparaba con Haruko. Como ella la sentía fuerte, serena, mostrándose siempre abiertamente; entera, de frente, sin dobleces, leal y firme como una buena compañera. Él, en cambio, se comparaba con el corvo. No mostraba su intención sino hasta último momento, escondido, siniestro, rápido, violento, dispuesto a tomar ventaja de cualquier situación; más emocional, pero igualmente peligroso.

Algunos de sus compañeros murieron en combate, otros se separaron para seguir distintos caminos. Juan Montoya, una vez más, quedó solo. Las revueltas de los samuráis y las disputas entre los grandes señores terminaron y el poder central del emperador se consolidó, pero la agitación social subsistió por mucho tiempo. Pese a las claras disposiciones imperiales, muchos nobles todavía requerían los servicios de hombres armados para su seguridad e

igualmente los extranjeros que poco a poco se fueron instalando en el área Tokio-Yokohama y, de esa manera, Juan Montoya sobrevivió. En tiempos de crisis la seguridad es un bien escaso y el servicio de la espada se paga bien. Tuvo buenos amos y su vida mejoró. No solo se había convertido con el tiempo en un buen hombre de armas —sólido, eficiente, disciplinado—, sino que superaba a sus iguales en algo difícil de definir y que en Chile llamamos “cachativa”, ingenio, “pilla la bala”; cualidades que asombraban a sus empleadores. Muchas veces se adelantaba a sus deseos o a las circunstancias del momento, previendo lo que iba a ocurrir y más de una vez su actuación oportuna salvó la vida de su señor. Nunca nadie sospechó que no fuera japonés. En realidad, a la sazón, ni él mismo pensaba que fuera un extranjero. Se sentía japonés más que ninguno y si alguien le hubiere dicho *gaijin* mal lo habría pasado. Pero esta vida de saltos y sobresaltos ya estaba cansándole y, aunque no rehuía el peligro, pensaba que no valía la pena. Además, necesitaba estabilizarse de una vez por todas, tener una casa y, a lo mejor, encontrar otra Haruko.

Con la desaparición de la casta samurái el gobierno decidió formar el primer ejército regular y nacional. Reclutó a todos los que quisieran enrolarse, especialmente a los ex-samurái. Y Juan Montoya fue soldado en una tierra extraña, pero que ya consideraba suya, aunque sus sentimientos estaban aún muy lejos del amor patrio. Firmó por cinco años en la milicia y cinco años cumplió, hasta el último día, bajo la bandera del sol naciente.

Ya licenciado, volvió a su vida solitaria y se estableció en la nueva ciudad de Tokio, ahora capital del Imperio. Un día deambulando por las empedradas calles tratando de encontrar trabajo, escuchó el inconfundible acento español. Más por curiosidad que por nostalgia se acercó al grupo y supo que se estaba instalando la embajada de España. Se presentó a un secretario de la legación diciendo que había

15. Antiguo nombre de Tokio.

aprendido el español de un grupo de marinos filipinos, que habían naufragado cerca de las costas donde vivía su familia. No le fue difícil convencer con esa historia, ya que su castellano se había deteriorado bastante con el tiempo y, realmente, parecía un japonés con un español mal aprendido. Hábilmente exageró su torpeza, lo que le permitía no contestar lo que no le convenía. Fue contratado oficialmente como jardinero, pero en realidad sus funciones eran más de intérprete y seguridad; especialmente para realizar diligencias, compras y otros menesteres fuera de la embajada. Tokio no era todavía una ciudad segura donde un extranjero pudiera salir impunemente.

Ya no era un joven. Había superado largamente las cinco décadas y se acercaba a los sesenta, pero por fin en su agitada vida había encontrado un trabajo estable, tranquilo y podía llevar una vida más normal.

Un día la embajada amaneció muy agitada. Había llegado el cónsul de Yokohama con noticias y el embajador había comentado: debemos tratarlos como hermanos y darles el máximo de facilidades para lo que pudieren requerir. Debemos normalizar nuestras relaciones, aún resentidas por la guerra y el bombardeo de Valparaíso.

Al día siguiente una comitiva salió temprano para Yokohama. Juan Montoya fue de la partida, todavía preocupado por lo que había escuchado: ¿estaba todavía España tratando de recuperar sus colonias?; ¿qué había pasado?

Al llegar le impresionó la cantidad de buques. Jamás, ni siquiera en Valparaíso había visto tantos juntos. Fondeado a la gira, pero muy cerca de uno de los muelles de pasajeros se encontraba un navío no muy grande, pero que era el centro de la atención del embajador y comitiva. Lo más asombroso era la gran actividad que se veía a bordo y la enorme cantidad de tripulantes. No reparó en más detalles, porque en ese momento una embarcación atracaba al muelle y se embarcaba el embajador. Juan se quedó en tierra a cargo de los carruajes. Solo entonces se dio cuenta: nunca antes había visto

de cerca a un marino, ni una embarcación, ni un buque de guerra chileno, pero algo le sonó familiar en esa dotación que fue a recibir al embajador: la voz fuerte y varonil del oficial a cargo: “A sus órdenes señor Embajador”; “Proel: desabraca”; “Patrón: a bordo”. Juan escuchó claramente esas órdenes en un tono de voz que hacía ya mucho tiempo que no oía. Al alejarse la embarcación y desplegarse la bandera de popa, sintió como un golpe que lo dejó inmovilizado, incapaz de reaccionar por un buen tiempo. Recordó sus tiempos de escuela cuando se izaba la bandera para las Fiestas Patrias, los viejos edificios fiscales de Constitución, el retén policial del pueblo, las ramadas del Dieciocho, Valparaíso, los buques, el campamento minero en California. La imagen de todas las partes donde había visto la bandera chilena alguna vez en su vida se agolpó como un solo recuerdo y lo dejó atontado. Tuvo la terrible sensación que andaba perdido y luego, de improviso, avistaba a lo lejos su hogar. Esa noche no durmió, pero en la mañana ya había tomado una decisión. Pasara lo que pasara ya nada le importaba. Había llegado a un punto en su vida, sin horizonte, en que inexorablemente tenía que mirar hacia atrás. Mucho había luchado y nada había obtenido; la vida no había sido amable con él, pero no guardaba sentimientos negativos; solo enfrentaba una cruda y cruel realidad: era un pobre hombre y mañana sería un pobre viejo en una tierra ajena. Por un extraño determinismo sentía la imperiosa necesidad, como los elefantes, de regresar a su patria para morir en el lugar elegido por sus ancestros.

Apenas pudo habló con el embajador, quien no le creyó. Solo cuando describió su terruño con vehemencia y cariño y cuando le habló de lo poco que se acordaba de la historia de Chile, tan relacionada con España, el buen embajador tuvo que convencerse que un japonés jamás habría podido entregar esos datos. Supo también de la guerra con España (1865-1866) y el bombardeo de Valparaíso. Para su tranquilidad no había habido reconquista y Chile seguía siendo Chile.

La petición era simple, pero difícil. Juan quería regresar a Chile en el barco que había visto el día anterior. El embajador le explicó que ese buque era la corbeta "Abtao"¹⁶ de la Armada de Chile, que era la primera vez que un buque de esa nacionalidad llegaba hasta el lejano Imperio Nipón y que de Japón seguiría rumbo a San Francisco, antes de regresar a Chile. Se comprometió a ayudarlo.

La entrevista con el Comandante de la corbeta fue larga y compleja. Al principio la negativa fue tajante. La "Abtao" era un buque de guerra y no de pasajeros; la sobre dotación, aunque fuera uno solo, era un gasto extra y no tenía dinero de sobra. Pero la amabilidad del embajador español terminó minando la resistencia del Comandante. Montoya además trabajaría, lo que suavizó aún más la posición del jefe naval; también su experiencia como ballenero le interesó. Sin embargo, siguió en un plan difícil. Exigió que las autoridades japonesas lo autorizaran expresamente para embarcar un tripulante de tierra, que, aunque fuera chileno, era un residente en Japón. El embajador se comprometió a aclarar la situación para que no le causara problemas al Comandante ni a la Armada de Chile, pero el Comandante de la "Abtao" aún no estaba seguro que Juan Montoya fuera chileno y exigía documentación. Éste, la única documentación que tenía era la de su licenciamiento del Ejército Imperial. Obviamente se guardó muy bien de mostrarla. Tuvo nuevamente que poner todo su empeño y sus recuerdos en demostrar que era oriundo de Chile, específicamente de la región del Maule e incluso ensayó unos pasos de cueca. El serio y profesional Comandante, por fin se ablandó. Como último recurso Juan Montoya tenía pensado decir algunos garabatos, pero se arrepintió y los guardó por si el Comandante cambiaba de

opinión y le diera un no final. Entonces se iba a despedir de esa forma. A lo mejor se lo llevaba preso. Por fin las diligencias del embajador y la simpatía de Montoya surtieron efecto y una tarde lluviosa Juan se embarcó.

Antes que la noche se tragara la costa nipona, Juan Montoya se despidió de esa tierra que ya nunca más vería. No dejaba amigos ni amores; el tiempo ya había borrado lo que una vez sintió por Haruko aunque siempre, cuando pensaba en ella, sentía cálido el corazón. Por eso sus pensamientos, esa noche, fueron todos para ella. Antes de huir sabía que Haruko estaba embarazada. Seguramente su hijo sería ya un hombre y la cuidaría en su vejez. Ni se le ocurrió pensar que podría haber tenido una hija, porque en Chile tuvo puros varones (no era chancletero)¹⁷.

El mal tiempo los acompañó durante toda la navegación. Juan Montoya ayudaba en lo que podía y luego se hizo indispensable en ciertas faenas (las más pesadas o desagradables). En San Francisco no bajó a tierra. No quería llevar recuerdos de una tierra que le había sido tan hostil. La navegación a Chile, con breves escalas solo para reaprovisionar víveres y carbón, fue más agradable y Juan Montoya pasó a ser tripulante con sueldo, en reemplazo de uno de los marinos que quedaron enganchados por otros buques en California¹⁸. Quedó a cargo de remendar las velas dañadas.

De todos modos el trabajo no era mucho y en los ratos de ocio Juan le enseñaba a sus compañeros el manejo de la espada. Cuatro marinos se colocaban alrededor de él y lanzaban simultáneamente sendas papas al aire. Juan las partía en dos antes que ninguna de éstas llegara al suelo. Tanta habilidad impresionaba a los marinos y les infundía además un saludable respeto. Desgraciadamente la mayor parte de los pedazos caían al mar por lo que mermaban

16. Efectivamente, el 6 de junio de 1888, a las cuatro de la tarde, fondeó en la bahía de Yokohama la corbeta "Abtao", de la Armada de Chile, al mando de su Comandante, Capitán de Fragata don Arturo Fernández Vial. Este fue el primer buque chileno que alguna vez haya llegado a las costas de Japón. En el muelle de Yokohama se encontraba el ciudadano chileno Antonio Torres, natural de Talcahuano, quien al decir del Encargado de Negocios de España, se encontraba desvalido en esa ciudad. Estos son datos reales. Como el autor no encontró más antecedentes sobre este compatriota, ni por qué estaba tan lejos de su patria, tomó este único hecho y dio vida al personaje Juan Montoya Catrilaf, para esta historia de ficción. La historia verdadera debe ser, seguramente, mucho más extraordinaria e interesante.

17. Expresión chilena que designa al hombre que solo tiene hijas.

18. Efectivamente la "Abtao" perdió a tres tripulantes en San Francisco que desertaron encandilados por las promesas de los enganchadores que proveían a los numerosos buques mercantes de tripulantes cuando éstos fallaban.

las provisiones del cocinero, quien le reclamó al Comandante. Juan estuvo una semana pelando papas en la cocina como castigo.

Por fin, una tibia mañana de octubre de 1888, se avistaron los cerros de Valparaíso. Después de los trámites de rigor y lleno de cartas y certificados dados por el riguroso Comandante donde explicaba su particular situación, Juan Montoya pisó tierra chilena, por primera vez después de treinta y cuatro años.

En la “*Abtao*” le habían contado de la guerra contra Perú y Bolivia y, al desembarcar, pudo apreciar el monumento a los héroes de Iquique. Lo encontró hermoso e impresionante y le hizo una profunda reverencia al mejor estilo japonés antes de iniciar su viaje de regreso.

Comparado con el viaje de ida, éste lo encontró muy rápido y cómodo. Es cierto que el mundo había cambiado y Chile también. Al salir se tuvo que ir por tierra a Talcahuano y de ahí, por mar a Valparaíso; total, más de una semana. Ahora, en cambio, el viaje de Valparaíso a Santiago le pareció cortísimo y, por lo que le habían contado, podía llegar, por lo menos hasta Talca —en los hermosos carros del Longitudinal Sur de Ferrocarriles del Estado—, en prácticamente un día. Aunque nunca conoció Santiago y apenas Valparaíso, no pudo establecer muchas comparaciones, pero pensaba que estaba en otro mundo. Por cierto ya antes, en Japón, había viajado en tren, pero eran convoyes militares sin ninguna comodidad. En cambio, los hermosos carros europeos de Ferrocarriles de Chile lo tenían francamente impresionado. Con baños, agua corriente y la gente amable, abierta y familiar. Todos amigos o compadres. ¡Qué lindo es Chile! pensaba Juan, mientras almorzaba un pan amasado con queso chanco comprado en la última estación. ¡Cómo echó de menos ese queso tan chileno en todos estos años! Aunque la dura vida en Japón lo había vuelto abstemio, no desdeñó un vaso de vino tinto que le ofreció su compañero de asiento. “Está comiendo muy seco, compadre”, le dijo. ¡No se vaya a atragantar! Ahora sí, estaba en Chile.

De Talca a Constitución el viaje ya no fue tan cómodo, pero por fin llegó a sus tierras. Pocos lo reconocieron o se acordaban de él. Supo que su mujer había muerto hacía ya tiempo y que sus hijos se habían dispersado por el mundo. Lo más probable era que estuvieran trabajando en la Patagonia argentina, otro polo de atracción para chilenos buscavidas. Sus tierras habían pasado a manos de unos parientes de su mujer, que lo reconocieron pero no se las devolvieron. Si le permitieron que viviera en ellas, construyera una cabaña, tuviera su huerto y criara algunos animales para su manutención. Juan, en realidad, no quería más.

Al principio fue la atracción del pueblo. Todos se reunían en el predio para escuchar sus aventuras y andanzas por aquellas lejanas tierras. Poco a poco el interés fue decayendo y sólo interesaba a los niños, que se juntaban en su cabaña todas las tardes para que les contara de nuevo cómo fue que mató al samurái y cómo fue que la ballena casi lo mata a él. Lo que más les impresionaba era cuando sacaba la espada que le había quitado al samurái y tiraba algunos mandobles al aire. Al principio todos escuchaban con mucho respeto y curiosidad, y a una cierta distancia, sobre todo cuando don Nishi se entusiasmaba con su esgrima. Después el respeto se fue perdiendo, sobre todo cuando don Nishi empezaba a confundir las cualidades de su mujer con el diseño de la espada. Finalmente los niños, siempre tan hábiles para captar la locura y despiadados con quien la sufre, pasaron de la risa a la burla y de la burla a la insolencia, con groseras insinuaciones acerca de don Nishi, su katana y una supuesta señora japonesa que no conocían, pero que habían oído nombrar. Don Nishi no les hacía caso porque no entendía o ya no podía entender.

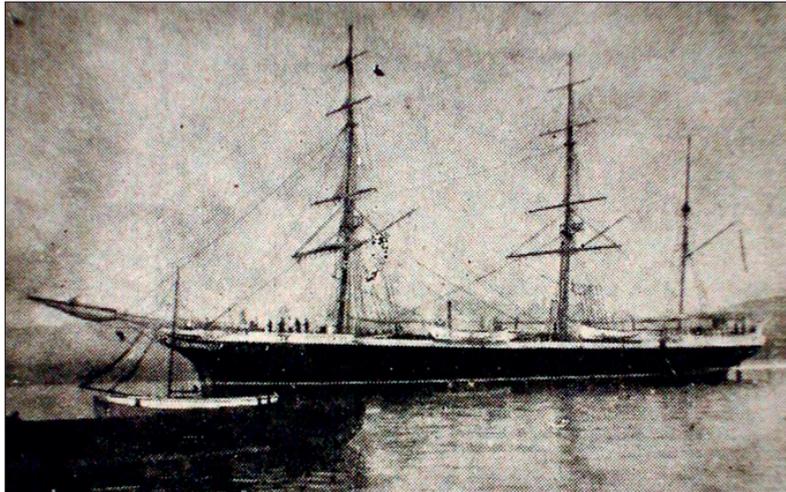
Esa tarde la situación se había vuelto insostenible, fue casi un enfrentamiento. Los niños se habían organizado para arrebatarse la espada a don Nishi, en un acto de insolencia

que lo golpeó como la vara del samurái y que despertó su espíritu guerrero, como aquel día, cuando se le apagó el cielo. Con una agilidad que nunca antes le habían visto y que jamás habrían imaginado, don Nishi se levantó de un salto, desenvainó su arma y arremetió contra los insolentes, que corrieron despavoridos ladera abajo gritando muy

asustados ¡se enojó don Nishi! ¡se enojó don Nishi!

Los persiguió hasta donde pudo, después regresó despacio, muy despacio, a su cabaña y se acostó. Estaba cansado, muy cansado. Al día siguiente lo encontraron ya rígido, abrazado a la katana. El corvo, su fiel compañero, descansaba también sobre la almohada.

* * *



Corbeta "Abtao", 1888.